

Situaciones que suscitan profetismo

Hna. Margot Bremer, RSCJ

Resumen

Luego de una pequeña introducción al quehacer profético, en este artículo se mencionan algunas situaciones que suscitan la presencia profética y hacen profundizar al profeta en su misión. Se trata de situaciones exteriores o interiores del profeta. Exteriores pueden ser los acontecimientos en la historia que interpelan y deben ser interpretados por el profeta, así como el clamor o la desesperanza del pueblo. Situaciones interiores son la ineficacia y el fracaso del profeta, su impotencia frente al poder de los malvados o la inseguridad interior que le causa la inestabilidad histórica. Al final, se presentan algunos desafíos de estas situaciones proféticas, a una Vida Religiosa que quiere ser místico-profética.

Depois de uma pequena introdução do fazer profético, neste artigo são mencionadas algumas situações que suscitam a presença profética e fazem aprofundar o profeta em sua missão. Trata-se de situações exteriores ou interiores do profeta. Exteriores podem ser os acontecimentos na história que interpelam e devem ser interpretados pelo profeta, assim como o clamor ou a desesperança do povo. Situações interiores são a ineficácia e o fracasso do profeta, sua impotência frente ao poder dos malvados ou à insegurança interior que lhe causa a instabilidade histórica. Ao final, se apresentam alguns desafios destas situações proféticas, a uma Vida Religiosa que quer ser místico-profética.

Todos sabemos que uno/a no nace como profeta, sino se hace profeta a lo largo de su vida, hasta el momento en que descubre, a través de su dedicación plena y apasionada a la salvación de su pueblo, que es verdaderamente profeta. También se lo confirma el mismo pueblo. Al recurrir a él para consultarle como tal, toma conciencia que él/ella no se había buscado este camino porque se sentía demasiado pequeño/a e incapaz de asumir tal misión sagrada en su pueblo. Se distingue de los reyes, sacerdotes y falsos profetas con los que debe confrontarse permanentemente, porque usurpan el nombre de Dios para legitimar sus proyectos personales. Pues el verdadero profeta sufre por su cargo, que le supera totalmente, por sus dimensiones tan inmensas y tan complejas, que le provocan más de una vez en crisis. En esos momentos de crisol, en su queja delante de Dios -su único refugio (Sofonías)- está madurando la certeza de que Dios mismo le había llamado para esta misión.

Había experimentado durante su actividad profética, que no era por propio gusto el romper barreras sociales ni por entretenimiento el riesgo de proclamar “verdades incómodas” frente a los gobernantes del pueblo. Así lo transmite Jeremías, *“en cuanto terminó de decir todo lo que Yahvé le había ordenado, lo agarraron diciendo: ‘Vas a morir por lo que has dicho’”* (Jer 26,8). A él le había movido y motivado la pasión y compasión de Yahvé por su pueblo, que había descubierto en su oración. Había situaciones en que el profeta a veces no se animaba a hablar ni sabía qué decir. Cuando el falso profeta Ananías encandiló al pueblo con mentiras, abarrajando todo el anuncio anterior de Jeremías, éste *“se marchó; mas después, Yahvé dirigió a Jeremías su palabra: ‘Anda a decir...’”* (Jer 28,11-12). No se trataba de su opinión propia, sino que él se consideraba totalmente al servicio de la misión de rescatar y restablecer la Alianza entre Dios y su Pueblo, una relación en permanente peligro. Surgen siempre nuevas injusticias que impiden una convivencia fraternal-solidaria, que imposibilitan vivir como Pueblo de Dios.

Las denuncias son fruto del horizonte de Dios que el profeta se abre con sus luchas interiores, en la oración para renovar su sintonía con el proyecto de Dios: *“cada mañana, él me despierta y lo escucho... él me ha abierto los oídos y yo no me resistí ni me eché atrás”* (Is 50, 4-5). Con estas experiencias místicas el profeta llena, poco a poco, el sentido de su vida y asume conscientemente -como misión de su vida- ser

profeta en nombre del Dios de su pueblo. Toda esta experiencia interior del profeta, fruto de su siempre renovada comunión con Dios, oculta a los demás, pero manifiesta en sus palabras y acciones concretas, encontramos condensada en la Biblia, en los relatos de vocación. Aparecen al principio de los libros proféticos para que el lector u oyente tome conciencia de la autoridad divina con la que habla el profeta. Pero, en realidad se trata de una síntesis de su vida, hecha después de largas experiencias vividas y sufridas. Cuando escuchamos en el principio del libro Jeremías: *“Antes de formarte en el seno de tu madre, ya te conocía; antes de que tú nacieras, Yo te consagré y te destiné a ser profeta de las naciones”* (Jer 1,5 cf. Is 49,1). No se trata de una predestinación al profetismo, sino hay que entenderlo como resumen de su larga experiencia profética que le hizo finalmente “hombre de Dios”. En su relato de vocación, él quiere recoger y unir todos los hilos de su vida, los que le han conducido a una existencia profética desde los “tuétanos”.

El resumen de esta larga experiencia de vida profética, se expresa en un corto esquema en forma de diálogo: -llamada de Dios para una misión, -respondida por la persona llamada por una o varias objeciones, -arrebatada por la Palabra de Dios: *“estaré contigo”* -y termina con el re-envío para una misión concreta¹. Desde entonces los lugares del profeta serán los públicos: la plaza, el mercado, la entrada al templo, etc. Pero no solamente los lugares han cambiado en su vida, también la importancia de los hechos.

1. SITUACIÓN EN QUE OCURREN ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS

Ser profeta del Altísimo no es fácil, implica una existencia desgarrada, ya que se siente hijo de su pueblo al que ama profundamente y a la vez se siente “hombre de Dios” a quien ama y a cuyo proyecto se ha puesto al servicio. A veces es un amor antagónico, dialéctico, que en realidad debería estar en armonía. Le une a ambos el amor apasionado de Dios con su pueblo. En los acontecimientos ocurridos en su pueblo, él escucha la Palabra de Dios que le habla a través de ellos; es decir, él los lee, medita, reza y contempla desde la óptica de Dios, y en eso se experimenta *“como expulsado del ‘espacio sagrado’ de la paz divina y enviado en medio de la multitud. Todas sus experiencias de intimidación se convierten en razón para la misión: si quiere pertenecer a Dios, tiene que entregarse al mundo”*². El profeta, mediante su comunión con Dios en la oración, se ha hecho ya buen conocedor del sueño de Dios sobre su pueblo y la creación entera. Él no conoce el futuro de su pueblo pero sí le interesa que tenga futuro, futuro que comienza en el presente³. Su misión es abrir los ojos de su gente, especialmente de los responsables del desastre de su pueblo, con el fin de que cambien (*shub*) en su modo de pensar para poder cambiar la situación actual que el profeta constata como no-de-Dios. Yavé y su proyecto son una sola cosa para él: ser fiel a Dios significa ser fiel a su proyecto. Por eso Isaías se lamenta: *“Los proyectos de ustedes no son los míos y los caminos de ustedes no son los míos”* (Is 55,8). Es una misión pesada y desagradable porque nadie quiere escuchar tal mensaje:

“ellos te declararán la guerra pero no podrán vencerte” (Jer 1,19).

La misión que el profeta realiza en nombre de Dios, le trae oprobio y marginación de sus conciudadanos a los que ama, y en medio está él, profeta solitario entre Dios y su pueblo. Esta ubicación tensa y dolorosa, le está llevando a menudo a una crisis existencial. Pero justamente por ella, él se afirma y profundiza cada vez más en su rol de profeta y desarrolla en su interior una doble representación: es representante de Dios ante su pueblo y a la vez es representante de su pueblo ante Dios, vive el antagonismo de estar con su pueblo y con su Dios. Por tanto vive una existencia profundamente desgarrada.

2. SITUACIÓN DE CLAMOR DEL PUEBLO

La llamada a la escucha profética pasa por el clamor del pueblo. Víctor Codina descubrió toda una teología del clamor y lo define *“queja del pueblo a Dios contra la injusticia infligida”*⁴. El pueblo clama, confiando que delante de Dios su sufrimiento y dolor no sean estériles, sino escuchados, y allí el profeta se siente interpelado a interpretar esta situación desde la mirada de Dios para ayudar así al pueblo a tomar decisiones justas y adecuadas. Su Dios se distingue de todos los demás dioses porque él siempre *“ha escuchado el clamor de su pueblo y ha visto su aflicción”* (Ex 3,7). A partir de la memoria de un Dios que se caracterizó desde la fundación de su pueblo de esta manera, el profeta hace un análisis de la situación actual.

En fidelidad a Dios y a su proyecto, el profeta se anima a plantarse ante los

responsables y les echa en cara que ellos, por sus injusticias con sus conciudadanos, son la causa de este clamor que Dios mismo ha escuchado. La acumulación de indignación, compasión, dolor y rabia, que el profeta ha experimentado triplemente: la propia, la del pueblo y la de Dios, le hacen recurrir creativamente a imágenes y metáforas que puedan sacudir las conciencias dormidas de las autoridades. Un ejemplo lo da el profeta Miqueas cuando se planta delante de los nuevos “jefes de Jacob” acusándoles: *“Ustedes descueran vivos a los de mi pueblo y les arrancan la carne de sus huesos. Se comen la carne de mi pueblo, y parten sus huesos y los echan a la olla”* (Mi 3, 2-3).

Estas palabras son inspiradas por el anhelo de un cambio; no busca tanto el castigo -aunque amenaza con el fin, que significa el *no-futuro* del pueblo-, sino el cambio de corazón para que su dolor, el dolor del pueblo y el de Yavé, se conviertan en dolores de parto para una nueva convivencia, entrando en el rumbo del proyecto de Dios. El profeta ve en esta situación el *kairós* (2 Cor 6,2), que puede hacer posible otro mundo.

Miqueas, como profeta campesino, ha constatado la desigualdad socio-económica y política entre la metrópolis y la gente del interior (ya que los latifundistas todos vivían en la capital) y evidencia en eso la ausencia del sentido comunitario-solidario -la Biblia lo llama justicia-, fundamento y corazón de la convivencia para el Pueblo de Dios. El profeta se basa en experiencias ya tenidas, las que él sabe guardar y cultivar para su pueblo. Sus palabras quieren invitar al mismo a la insurgencia, es decir

volver a sus raíces alternativas y actualizarlas para el tiempo presente. Quiere desenmascarar las ideologías que le han alienado de su propio proyecto histórico. Para eso, el profeta apela a la sabiduría del pueblo a fin de rescatar y recuperar su autonomía popular.

El profeta sabe que las injusticias no llevan solamente al clamor y al sufrimiento sino también al individualismo, la división y la enemistad. Esa situación le exige radicalidad y audacia, en el pensar, confrontar y actuar al presentarse ante los “grandes”. Tiene que luchar contra barreras erigidas por intereses propios, ya legitimadas. Desde el horizonte del sueño irrenunciable de Dios, el profeta intenta en balde abrir sus ojos para que escuchen ellos mismos el clamor del pueblo como clamor de Dios mismo y actúen como él actuó cuando eran esclavos en Egipto.

3. SITUACIÓN DE DESESPERANZA DEL PUEBLO

Otra situación que suscita el profetismo es la de desesperación que se apodera del pueblo en situación límite, como ocurrió con Israel en la época del destierro de Babilonia⁵. La experiencia del pueblo de Samaria, llevado -sin retorno- 200 años atrás al cautiverio asirio, les hizo temer a los desterrados el mismo destino.

El exilio es una situación completamente distinta a la anterior, y a los profetas se les presenta ahora un nuevo desafío: tienen que cambiar ellos también; pues ya no vale denunciar o anunciar a los angustiados, lo único que les ayuda a salir de su cautiverio

interior y abrirse a la esperanza, es **consolar**.

Los profetas aprenden a adaptarse a una nueva situación sin precedentes. Necesitan cambiar hasta el lenguaje: ahora son visiones, imágenes, que ellos presentan a los desolados; las palabras ya no alcanzan a los abatidos. El profeta Ezequiel recurre a una visión extremadamente atrevida cuando presenta a los desesperanzados la visión de unos huesos secos que recobran nuevamente carne y vida (Ez 37, 1-14); con ella quiere demostrar el poder revitalizador del espíritu de Dios que puede transformar su desesperanza de muerte en esperanza de vida nueva.

También su contemporáneo y compañero de exilio, Deutero-Isaías, constata peligro de encerramiento en sí mismo en esta situación desesperanzadora; él ve la mejor manera de superarla, haciendo memoria de sus orígenes, para no eternizar el presente y recobrar el dinamismo de proyectarse hacia delante con la misma capacidad que miraron atrás. Lo concretiza haciéndoles presente la situación de Abrahán y Sara, los que -a pesar de ser viejos, solos y estériles- superaron la desesperanza que les invadía con frecuencia, renovándose en la promesa de ser padres de un pueblo nuevo (Is 51,1-2).

En estas situaciones, los profetas crecen en su misión profética y descubren todo el poder de un Dios para quien *“nada es imposible”* (Gen 18,14). Superar el antagonismo muerte-vida o pasado-futuro, significaba transformarlo en una interrelación necesaria, la que Jesús profeta explica con su misterio pascual a los

discípulos de Emaús (Lc 24,26). Lo más probable es que aquellos profetas mismos hayan pasado por una experiencia de profunda desesperación, pues aquellas imágenes surgen solamente de experiencias personales y dolorosas en las que han superado el propio sufrimiento y la propia desesperación, imposible que surjan de cálculos científicos de la razón. Con lamentos y súplicas, confrontando esta situación a su Dios, habrán luchado en su oración para recuperar la mirada de Dios y al verla con sus ojos divinos, se habrá transformado su desesperanza en confianza. Es fruto del misterio pascual que aconteció en su interior⁶ y que han compartido como profetas con su pueblo, ya que no es su propiedad privada, sino don de Dios para todos los que sufren la misma situación.

4. SITUACIÓN DE INEFICACIA Y FRACASO DEL PROFETA

“He trabajado en balde, para nada he gastado mis fuerzas” son las palabras del Siervo de Yahvé (Is 49,4), palabras de un gran profeta con las que nos hemos identificado también nosotros más de una vez. Es una situación de sentir la propia ineficacia e incapacidad, la que ha invadido muchas veces a los profetas. Hasta Moisés se queja ante Aquel que se le había presentado como liberador del pueblo (Ex 3,8) y quien ahora parece ausente. *“Señor mío, ¿por qué maltratas a tu pueblo? ¿Por qué me has enviado? Pues desde que fui a ver al Faraón para hablarle en tu nombre, está maltratando a tu pueblo, y tú no haces nada para liberarlo”* (Ex 5,25).

Sin embargo, bajar a la propia pobreza humana es el comienzo de obtener

un nuevo horizonte: solamente en el *humus* propio puede crecer la semilla de la verdadera misión; ser profeta es un proceso de permanente profundización: desde la experiencia de su propia impotencia llega a la convicción profunda de que la fuerza que actúa en él no es suya sino de Dios. Son momentos difíciles que se superan solamente con una confianza ciega, sin sentir nada, en que Dios estará con él. A partir de esas experiencias de su propia miseria en donde se ancla la fuerza de Dios, el profeta se lanza, con menos andamios propios y más confianza en su Señor, a su misión que realizará verdaderamente en nombre de Dios y no del propio y de la cual la anterior ha sido nada más que un ensayo general⁷.

Más grave todavía se presenta la situación de Elías quien creía haber tenido mucho éxito con su “show” en el Monte Carmelo, al provocar una especie de competencia entre Baal y Yavé, mediante los profetas correspondientes de cada uno; detrás de cada Dios hay un camino, otro proyecto de convivencia. Sin embargo, Elías, a pesar de haber ganado esta “prueba de fuego”, tiene que experimentar la persecución a muerte del sistema de Baal, lo que le obliga a huir al desierto. En esta situación, él prefiere estar muerto (1 Re 19,5). Refugiándose en una cueva, tiene que descubrir -en una experiencia mística- que Dios no se manifiesta ni en el espectáculo de un huracán, ni en el de un terremoto, ni en el de un rayo, sino en el susurro de una brisa suave, casi desapercibida (v.12). Esta teofanía le muestra al profeta que su Dios no es como el de los cananeos: no se im-

pone sino hay que estar muy atento para descubrir su presencia y su llamada y si quiere ser su profeta, debe actuar y ser como Él; no es un Dios a la medida del profeta. Esta experiencia mística le hace reconocer a Elías la propia usurpación del nombre de Dios, producto de su extremismo en la pasión por su misión y en la desesperación. Fortalecido y dispuesto, se levanta para volver y asumir una nueva misión, mucho más amplia y difícil que todas las anteriores. La situación del propio fracaso le ha ensanchado el horizonte de Dios: él no es dueño de la misión sino su servidor.

Todos los profetas, a partir de una situación de fracaso e ineficacia, en la que experimentan dolorosamente la propia miseria, se han acercado más profundamente al sentido de su misión profética. Era necesario pasar por el misterio pascual para comprender y aprender a ser verdaderamente profetas del Dios verdadero.

5. SITUACIÓN DE IMPOTENCIA FRENTE AL PODER DE LOS MALVADOS

Jeremías se queja delante de Dios: “¿Por qué tienen suerte los malvados y son felices los traidores? Los plantas en esta tierra y en seguida echan raíces, crecen y dan frutos...” (Jer 12, 2-3). No extraña que los profetas, hombres de su pueblo, se cansen y pierdan la paciencia frente al creciente poder de las mafias y los corruptos. Más de una vez escuchamos su grito: “¿Hasta cuándo, Señor pediré auxilio, sin que tú escuches? ¿Por qué me haces ver la iniquidad, y tú miras la opresión? Ante mí, rapiña y violencia, querella y dis-

cordia” (Hab 1,1-3). Es el grito de dolor por la ausencia y aparente inoperancia de un Dios que quiere la justicia, lo que obliga al profeta a continuar en oscuridad su misión con el pueblo. Situación que exige heroicidad del profeta.

6. SITUACIÓN DE INSEGURIDAD FRENTE A LA INESTABILIDAD HISTÓRICA

Todas las situaciones que se presentan al profeta, no las puede manipular, ni cambiar; ellas están dadas, pero sí las puede interpretar. En meditación, oración y contemplación, el profeta escucha en ellas la Palabra de Dios⁸. Los profetas saben dejar hablar la vida porque saben que en ella está actuando Dios. En la interpretación profética de los acontecimientos, el profeta llena a estos con un significado a fin de que hablen a la gente y las pueden concientizar.

En esta fidelidad a la Palabra que “acontece”, el profeta nunca tiene seguridad de hacia dónde le llevarán las diferentes situaciones que le están interpelando a lo largo de su caminar profético, pero sí tiene un norte fijo y definido, desde donde debe interpretarlas e inquietar con estas interpretaciones a su pueblo tranquilo. Estas situaciones cambiantes generan en el profeta un gran dinamismo y relativismo a la vez. Nada es para siempre y por otra parte *“no hay nada nuevo bajo el sol”* (Ecl 1,9).

En esos vaivenes de la vida y de la historia, madura en él la misión de ser el guardián del sueño de Dios, que ya está haciéndose su propio sueño. Este es su único norte que le orienta y le da firmeza en medio de sufrimiento, esperanza, desesperanza, muerte y vida. El cambio

mediante acontecimientos inesperados obliga al profeta a someterse a permanentes renovaciones. Pero en medio de tantos cambios y tanta inestabilidad, de tantos rechazos y tanta soledad, el profeta profundiza y llega hasta el fondo de su ser profético. Pertenecer al Dios del pueblo incluye pertenecer al Pueblo de Dios.

7. ¿CÓMO HABLAN ESAS SITUACIONES A UNA VIDA RELIGIOSA MÍSTICO-PROFÉTICA?

Las situaciones en las que surge el profetismo presentan a la Vida Religiosa (VR) que quiere ser místico-profética, algunos desafíos como:

- ✿ Dejarse afectar y sensibilizar cada día de nuevo por la amenaza de vida en los pobres y concientizar a los responsables desde el horizonte del sueño “subversivo” y “arriesgado” (para este mundo) de Dios.
- ✿ Abrir cada mañana de nuevo el oído y escuchar atentamente el clamor del pueblo, dejándose interpelar por el mismo, discernir e interpretarlo y solidarizarse con la gente en su búsqueda de soluciones.
- ✿ Amar cada día más a su pueblo: amar su cultura, su ritmo de vida, sus luchas y sus fiestas, amar y aprender de su forma de vivir y expresar su fe en Dios.
- ✿ Buscar los signos del proyecto de Dios en la historia local del pueblo.
- ✿ Considerarse compañeros/as y centinelas del proyecto y de la cultura de su pueblo.
- ✿ Dar prioridad a la Palabra de Dios que nos interpela en la situación his-

tórica, sobre “nuestras” instituciones tradicionales.

La VR con sus estructuras e instituciones, aún vive con muchas seguridades y ataduras que impiden una vida verdaderamente profética, expuesta a la intemperie que deja hablar la vida, y con ella a Dios mismo. El profetismo es un llamado a una existencia de VR más desgarrada; Jesús, a quien quiere seguir, “*no tenía donde reclinar su cabeza*” (Lc 9,58). Es el llamado a la radicalidad de un estilo de vida alternativo que Él había vivido con audacia dentro de un sistema alienante, rompiendo ataduras ideológicas con su dominación interior. ¡Qué Él sea nuestro modelo en nuestro actuar desde el sueño de su Padre y nuestro Padre, con el poder de una mirada contemplativa y limpia que se fija en sus preocupaciones y no en las de nuestras instituciones! Como Él, necesitamos partir de lo cotidiano, de lo que nos rodea, sintiéndonos uno/a con el pueblo, sintiéndonos laicos/as (laos = pueblo). Es un desafío a la VR místico-profética para la desinstalación, en favor de una vida más itinerante, con más pertenencia al pueblo. No olvidemos que no hemos nacido como religiosos/as, ni cumpliremos con nuestra misión

profética con consagración y votos, sino que a lo largo de la vida, nos hacemos religiosos/as proféticos/as en la medida en que nos dejemos tocar y transformar por la Palabra de Dios que está detrás de los acontecimientos que ocurren en el pueblo y en el mundo.

Notas

¹Tanto Moisés -campeón en objeciones-, así como Jeremías, Isaías, Gedeon y hasta María, madre de Jesús, han expresado en sus objeciones esta conciencia y experiencia.

²CADAVI, Augusto, Ser Profeta hoy, la dimensión profética de la existencia cristiana, Santander, España, 1998, p. 11.

³En la gramática hebrea los verbos no tienen futuro, solamente pasado y presente; para la mentalidad hebrea el presente es el comienzo del futuro.

⁴CODINA, Víctor, Teología del Clamor popular, Bogotá, Indo American Press Service, 1988, p. 13.

⁵En realidad se trata solamente de la población capitalina, que llevaba el poder, tener y saber del país. Solamente ésta sufrió el destierro, ya que la población campesina fue considerada no-peligrosa por los diferentes imperios que dominaron a Israel, porque no estaban organizados y vivían dispersos.

⁶Cf. los múltiples Salmos de súplica en la Biblia, los que comienzan con quejas y lamentos delante de Dios y terminan con un acto de esperanza y confianza en el mismo, ya que han visto su situación desde la perspectiva de Dios, fruto de la confrontación sincera y amorosa en el diálogo de la oración.

⁷Algo parecido nos ha transmitido de S. Francisco, el cual, al acabar la restauración de la capillita de San Damián, comprende que esta obra había sido nada más que una prefiguración simbólica para su verdadera misión, mucho más grande que consistía en reconstruir la Iglesia viva de Cristo.

⁸Dabar es “palabra”, en su sentido original quiere decir “lo que hay detrás de lo acontecido”.

